

Seguimos con esta sección que pretende realizar un rápido repaso a la historia de la Universidad de Deusto en diez entregas. El principal objetivo de esta iniciativa reside en dibujar una panorámica histórica global de la universidad con un estilo didáctico y, sobre todo, divulgativo.

Su autor, Iñigo Bolinaga, inserta el relato de los principales acontecimientos de la Universidad dentro de los que han marcado el devenir de la sociedad que lo alberga. Y es que la impronta de Deusto solamente se puede conocer observando los cambios que, a su alrededor y debido a su influencia, se han dado.

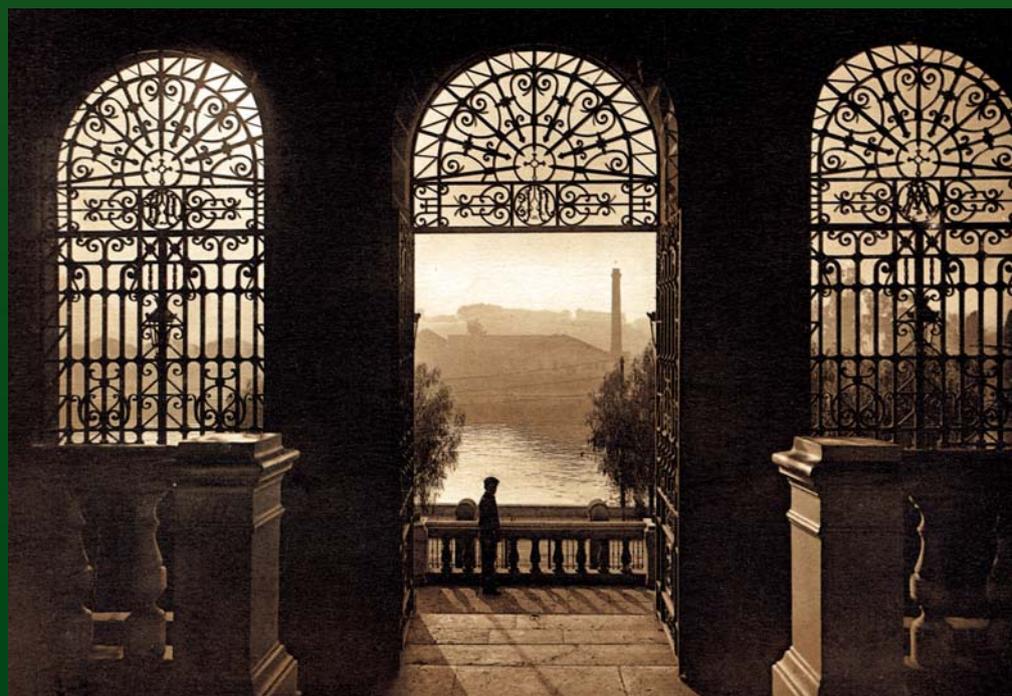
Capítulo sexto

Los años de La República

La Segunda República fue proclamada en España el martes 14 de abril de 1931. El cambio de régimen fue acogido en Bilbao con júbilo por las clases populares. Sin embargo, esta sincera alegría escondía el inicio de unos años muy delicados para la Universidad de Deusto. Altamente influidos por los partidos de izquierda, los obreros interpretaron que había llegado su hora, la del ajuste de cuentas, la de la venganza. Primero se había ido el Rey y ahora les tocaba el turno a todos sus acólitos: los aristócratas, los burgueses y, por supuesto, los curas. En toda España, la república parlamentaria recién fundada fue malinterpretada desde el principio por parte de una muchedumbre con ganas de ajustar cuentas, y los desmanes contra edificios e instituciones religiosas florecieron como caracoles después de una tormenta. A modo de ejemplo, tan sólo un mes después de la proclamación de la República, en la residencia de los jesuitas de Granada aparecieron dos carteles que entremezclaban la mofa con la amenaza. El primero de ellos decía: «Si queréis algún socio para negocios sucios,

razón aquí» y el segundo anunciaba que «A las once y media de la noche, gran carrera de frailes en la Gran Vía». Dicho y hecho. A media noche de aquel día, el edificio fue pasto de las llamas.

En el País Vasco, donde el nacionalismo conservador del PNV hizo piña con la derecha monárquica en defensa de la Iglesia, contrapesando así la furia de las izquierdas, los desmanes no se



Desde el zaguán se observaba el Bilbao industrial

reprodujeron en demasía. Sin embargo, los centros religiosos tuvieron que soportar diariamente una dura ofensiva que en algunos casos se saldó con hechos tan graves como la quema de la iglesia de Santurce.

La Universidad de Deusto estuvo en la diana desde el primer día. Según afirma el padre Chalbaud, el mismo 14 de abril una manifestación espontánea que se dirigía al edificio de la Literaria, se perdió finalmente ante la Diputación. El Centro de Estudios Superiores de Deusto se salvó del primer embate, pero en seguida llegarían más. La prensa de izquierdas la tenía tomada con los jesuitas, algo que en Bilbao suponía un ataque constante contra su buque insignia, la Universidad. Aquel año de 1931, el edificio se vio sometido a un exhaustivo registro policial. Los agentes buscaban un arsenal de

armas y municiones presuntamente escondido para uso de los partidos de derecha. Una denuncia absurda que se demostró falsa, pero logró el efecto de poner en solfa a uno de los más prestigiosos centros de estudios superiores del país.

El curso 1931-1932 se abrió con toda la normalidad posible, habida cuenta de la ofensiva política y periodística contra la Compañía de Jesús y la propia institución universitaria. Las autoridades académicas eran muy conscientes de que el año iba a terminar mal, pero no por ello suspendieron ni alteraron el ritmo de las clases. El artículo 24 del borrador de la nueva constitución republicana afirmaba que el estado toleraría la existencia de las órdenes religiosas en España siempre y cuando se atuvieran a siete condiciones. La primera de ellas hacía una referencia velada pero muy directa a la Compañía de Jesús: Toda orden

religiosa que, además de los tres votos canónicos, estuviera estatutariamente obligada a prestar otro de obediencia a una autoridad externa y distinta del Estado, quedaría disuelta. La referencia a los jesuitas resulta evidente. Una de las características que diferencian a esta orden de las demás es, precisamente, el cuarto voto de obediencia al Papa. La constitución fue aprobada el 9 de diciembre de 1931 y, tan pronto como el 23 de enero de 1931, el ministro de Justicia y Fomento, Álvaro de Albornoz, firmó el decreto que disolvía la Compañía de Jesús en todo el territorio nacional.

Un buen número de jesuitas tomaron el camino del exilio, dirigiéndose a países como Francia, Bélgica o Portugal, principalmente. Otros cambiaron temporalmente sus sotanas por ropas de paisano, se embolsaron el poco dinero que la Compañía había dispuesto para



Imagen antigua del edificio de «La Literaria»

cada uno de ellos, y se dispusieron a ocupar las casas que la Orden había alquilado o comprado en previsión de esta situación. Para la Universidad de Deusto, el decreto ministerial supuso un motivo de disgusto, que no por esperado dejó de caer como un bombazo. En el plazo de diez días el edificio debería quedar libre de jesuitas y las clases suspendidas. De nada valió el dictamen que, suscrito por juristas y personalidades de prestigio, elaboró el Colegio de Abogados de Madrid con fecha 13 de enero de 1932 —diez días antes de la publicación del decreto— en defensa de la Compañía. Tampoco las alegaciones parlamentarias de la derecha y los nacionalismos vasco y catalán

podieron hacer nada para retrasar o alterar el contenido del decreto. Dos antiguos alumnos de Deusto llevaron la voz cantante en la defensa de su Universidad, los dos miembros del PNV: José Horn y Areilza, y José Antonio Aguirre y Lecube, futuro lehendakari del primer gobierno vasco. Ante la inutilidad de sus argumentos, ambos diputados abandonaron la cámara junto con todos los miembros de la minoría vasco-navarra y buena parte de los representantes de la derecha monárquica. La cuestión de la disolución de los jesuitas fracturó, desde el primer momento, el apoyo que la República pudiera haber tenido por parte de las derechas y los partidos nacionalistas.

Llegó el momento de abandonar la universidad. El elenco completo de profesores y directivos del centro educativo se reunió para bajar a la vez las escaleras del vestíbulo principal. Allí les esperaban los alumnos que, sumidos en un inmenso silencio, los acompañaron hasta la calle, donde cada cual se dispersó en dirección al piso que la Compañía había alquilado o comprado para ellos. Gracias a la proverbial prudencia de los jesuitas y a su memoria histórica, antes de su disolución habían adquirido, mediante testaferreros, un buen número de inmuebles para alojar a los profesores y a los alumnos internos. El objetivo era evitar en todo lo posible que las clases se vieran trastornadas



Grupo de Padres y Hermanos Jesuitas de la Universidad de Deusto, reunidos bajo la estatua del Sagrado Corazón de su patio. A la derecha, en pie, podemos ver al Hermano Gárate. La fotografía parece ser de fines de 1931 o de los primeros días de enero de 1932. Es por tanto la comunidad que, en el mes de febrero de ese año, abandonaría los edificios de la Universidad camino del destierro



Antigua Aula de Historia del Colegio de Estudios Superiores

por la medida gubernamental. Así, las actividades docentes continuaron activas tras las paredes de pisos particulares repartidos por todo Bilbao. La mayoría de los internos fueron realojados en el número 28 de la calle Colón de Larreátegui, mientras que las clases continuaron impartándose en distintos pisos alquilados, la mayoría en la calle Viuda de Epalza y en las rampas de Uribitarte. Otros inmuebles utilizados por la universidad estuvieron situados en la plaza Jado y sus cercanías, un chalet sito en la ribera de Deusto, y otros diversos pisos repartidos por la ciudad.

Para intentar evitar en todo lo posible el cierre de la Literaria, el bilbaíno Antonio Elías intentó hacer valer sus derechos como heredero de la sociedad La Enseñanza Católica, propietaria del inmueble. Sin embargo, la situación jurídica del mismo no estaba clara y sus reclamaciones se perdieron en el laberinto burocrático. Para evitar al máximo la pérdida de los estudios de

Deusto, Elías creó la Academia Vizcaína de Cultura, una sociedad perfectamente adaptada a la legalidad republicana que dio continuidad a las clases de Derecho e Ingeniería en los pisos adquiridos con dinero de los jesuitas. En contraste con la situación de la Literaria, Pedro de Icaza no tuvo que recurrir a ningún subterfugio para mantener abierta la Universidad Comercial. Aduciendo que el edificio era propiedad de la Fundación Vizcaína Aguirre, de la cual él era fundador y único patrón, obtuvo la autorización oficial para continuar dando clases en el mismo edificio. A cambio, se vio obligado a asumir la dirección, hasta entonces ostentada por los jesuitas, y la administración del centro.

Una vez cerrada, la Universidad de Deusto recibió la visita de un representante gubernamental. Actuaba a las órdenes de un patronato presidido por el juez Luis de la Peña, que había sido recientemente creado para inventariar y administrar todos los

bienes de los jesuitas. Sus inspectores eran también competentes para sugerir al gobierno el nuevo uso que se podría dar a los edificios nacionalizados. Las atribuciones de este patronato aumentaron a partir de 1933. A partir de entonces, el gobierno le dotó de un servicio de investigación que descubrió a un buen número de testaferros repartidos por toda España, aumentando así las incautaciones de bienes y las nacionalizaciones.

En el caso de Deusto, el patronato propuso aprovechar el edificio para instalar en él un centro gubernativo de corte administrativo o cultural. Advertido de ello y con el apoyo del PSOE, el Ayuntamiento de Bilbao planteó al gobierno la posibilidad de transformarlo en una Universidad Pública Vasca. Sin embargo, ninguno de estos proyectos se hizo realidad porque antes había que realizar un exhaustivo inventario que fue tan exasperadamente lento que no llegó a terminarse nunca. Un tal Tomás Eguidazu se ofreció para realizar este trabajo y dada su amistad con los jesuitas, se las ingenió para ralentizarlo hasta límites desesperantes. Igualmente dos jesuitas apellidados Garmendia y Munduate fueron contratados como vigilantes del edificio y su recinto anejo, de manera que no les resultó difícil el traslado discreto de libros y diverso material escolar desde allí hasta los pisos donde los alumnos seguían recibiendo las clases. Cuando las autoridades descubrieron que Garmendia era un jesuita, fue fulminantemente despedido, pero Munduate continuó en el puesto, velando por la integridad del edificio.

Iñigo Bolinaga